

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Dido.

Al ocuparnos de la célebre fundadora de la célebre Cartago, no vamos á reproducir la fábula mitológica, que tan bien conocerán nuestras lectoras; vamos á reseñar sus altos hechos, fundados en testimonios respetables.

La historia de esta ilustre y virtuosa princesa, lo mismo que la de todos los personajes que figuraron en la infancia de los pueblos, es, sin embargo, oscura, y apenas puede darse un paso en su investigación sin tropezar con las ficciones de los poetas de la antigüedad, apoderados de aquellos para dar grandeza á sus poemas. Procurarémos, no obstante, que este artículo se limite á sucesos, de cuya autenticidad no respondemos, pero que hallamos admitidos por acreditados escritores.

Fué Dido biznieta de Itobal, padre de Jezabel, é hija de Belo Matgen, rey

de Tiro, que murió 874 años antes de Jesucristo, dejándola, y á su hermano Pigmalion, heredera del trono, á pesar de la corta edad de ambos príncipes. Llamábase Elisa, y era peregrina su hermosura. A poco tiempo, el pueblo dió el mando esclusivo á Pigmalion, y casó Elisa con Síqueo, su tío, gran sacerdote de Hércules, y de dignidad inmediata á la del rey. Estimado por sus virtudes, y respetado por su parentesco con el soberano, y por su alto ministerio, poseia inmensas riquezas, circunstancia que fué para él una verdadera desgracia, porque sus tesoros tentaron la sórdida codicia de Pigmalion, que le hizo asesinar traidoramente. No por esto logró el perverso monarca sus deseos, porque su tío, que conocia perfectamente la ruin pasion que dominaba á su sobrino, tenia ocultos sus tesoros. Las buenas prendas de Síqueo habian hecho que, á pesar de la diferencia de edad, le amase su esposa. No se ocultó á ésta ni el autor del crimen ni su intencion, y dando tregua á su dolor, comprendió que su vida corria igual peligro por la ambicion de su hermano. Para evitarle, pidió á Pigmalion licencia de vivir en su compañía, pretestando

que la afligía la soledad en que se veía. Faltó tiempo al codicioso monarca para consentir en ello, creyéndose ya dueño de unas riquezas que tanto ansiaba, y puso á disposicion de su hermana algunos bajeles. Elisa, comenzando por ganar á sus capitanes y tripulacion, cargó en ellos cuanto poseia, y acompañada de gran número de tirios, que la eran adictos, emprendió la fuga con tanto sigilo y presteza, que cuando llegó á oídos de su hermano, ya no pudo evitarla. Fundó aquella flotilla en la costa del Africa Zeugitana (1), poblada entonces por los fenicios. Bien recibida Elisa, establecióse en el pais, fundando á Cartago. A dar crédito á la fábula, diríamos que obtuvo Elisa la concesion del terreno que pudiese abarcar con la piel de un buey, que la hizo tiras muy delgadas, y uniéndolas, y fijando en tierra una de las estremidades, describió con la otra un círculo estensísimo, consiguiendo con este rasgo de ingenio un sitio considerable. Pero sea de esto lo que quiera, Elisa levantó la ciudad, rival tanto tiempo de la otra ciudad, señora del mundo, titulándola *Cartada* (ciudad nueva), cuyo nombre se corrompió mas adelante en *Cartago*.

Reina de su colonia, Elisa, convertida por los suyos en *Dido*, que significaba *varonil*, se hizo célebre por su virtud y sabiduría, por su honestidad y prudencia. Jarbas, rey de Getulia, solicitó su mano, pero la reina tenia jurada fidelidad eterna á la memoria de su esposo. Desairado el pretendiente, hizo entender á los súbditos de Dido, que si no la reducian á casarse con él, invadiria

sus tierras y les exterminaría. Supo Dido esta amenaza, y concibió, en bien de sus súbditos, una resolucion sublime, que tuvo el valor de ejecutar. Aparentando ceder á tan imperiosa exigencia, la aplazó la conclusion de la ciudad, en cuyo tiempo dispondria lo necesario para que se celebrase la boda con la ostentacion correspondiente. Terminada su obra, hizo levantar en el sitio principal una gran pira, y reunir á todos los ciudadanos. Dióla fuego, y despues de algunos sacrificios y buenos consejos, evocando los manes de Síqueo, se atravesó de improviso el pecho con un puñal y se arrojó á la hoguera, sin que pudieran impedirlo sus súbditos.

Virgilio, en su Eneida, atribuyó el sacrificio de Dido, hijo del amor á su marido y á su pueblo, al amor y fuga de Eneas, saltando por encima de tres siglos, pues que Cartago fué edificada trescientos años despues de la destruccion de Troya. Pero cumplia aprovechar tan bello episodio, halagando el orgullo romano, y no tuvo reparo el poeta Mantuano en inventar esta ficcion á costa de las virtudes de Dido, sostenidas por San Gerónimo, y San Agustin, Tertuliano y el Petrarca, en su *Triunfo de la castidad*. Perpetuado por las artes un hecho tan grande, tan generosa abnegacion, ¡qué mucho que el sexo, que apellidamos débil, se crea capaz de todo al contemplar glorias tan puras como la de Dido!

Causa inocente de la destruccion de una ciudad la hermosa Elena, otra hermosa es destinada por la Providencia á erijir otra ciudad, mas importante todavía, y á dar al mundo una prueba de amor, que admirará eternamente.

A. Pirala.

(1) La actual Regencia de Tuncz.

LITERATURA.

¡LAURA!

Cuando la luz de la aurora
penetra en mi pobre estancia,
y abro á sus rayos los rayos
y el corazon á las lágrimas,
mis aun sonolientos lábios
murmuran un nombre, *Laura*.

Cuando la noche despliega
por el espacio sus alas,
y al reposo de la muerte
cede la vida sus ansias,
cierra mis lábios al sueño
el dulce nombre de *Laura*.

Cuando por fin de la vida
rompa la cárcel amarga,
y el cuerpo, que es polvo, al polvo
devuelva, y á Dios el alma,
irá en mi postrer suspiro
envuelto el nombre de *Laura*.

E. HERNANDEZ.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Teobustiana Armiño de Cuesta.

(Continuacion.)

V.

La virtud del oro.

Cuando la Gitana se encontró en el taller
con la pobre Azucena, que levantaba dulce-
mente sus negros ojos para saludarla, no pu-

do reprimir un sentimiento de envidia que
estuvo á punto de traslucirse en sus ojos ne-
gros y brillantes todavía, como los de una
lechuza.

Oh! aquella jóven con su vestido raído
y apiezado, con su manton desteñado y su
inocencia, era sin duda mucho mas rica, que
lo habia sido nunca la Gitana con sus vesti-
dos de raso y de terciopelo.

Ser amada! palabra que espeluzaba de
rabia á la reina de las coquetas; amada! y
porqué? porque sin duda valia mas que ella,
porque sin duda esa virtud que habia hollado
con los piés desde sus primeros años era to-
davía respetada aun en el mundo por los ma-
yores calaveras.

La Gitana recurrió para calmarse á la
idea que se le habia ocurrido momentos an-
tes; pensó que todo podia ser una superche-
ria, una red que les tendiese á ambas, é hizo
en su corazon los mas ardientes votos porque
aquella idea se realizase.

Luego contempló el magnífico diamante
que llevaba en el dedo, y recordando con
amargura que en el dia solo podia ya repre-
sentar ciertos papeles, se consoló con que
cuanto mas honradas fuesen las miras de
D. Félix, tanto mas honrosa era su mediacion
en este asunto.

Apenas la Gitana hubo arreglado sus ves-
tidos, y trazado á cada una su labor, ha-
bló, como siempre, de la obra que habia de
preparar, y se deslizó en elogios acerca de un
caballero tan rico como bondadoso, pues que
pasaba los dias averiguando las desgracias
ocultas para remediarlas en cuanto fuese po-
sible.

San Juan de Sahagun y San Vicente Fer-
rer, objetos de la devoción Salmantina, eran
al decir de la modista, los modelos que aquel
hombre escelente se habia propuesto seguir,
y para que nada faltase á su virtud, la ca-
lumnia que nada respeta, se habia atrevido á

motejar alguna vez sus buenas acciones, y su generosidad sin límites.

—¿Y no sabeis cómo se llama? preguntaron á la vez dos ó tres muchachas de las mas curiosas.

D. Félix de Salazar, dijo la Gitana deteniéndose entre cada sílaba, como si temiese verse desmentida.

En efecto, aunque ninguna de las costureras se atrevió á dar á su maestra un solemne mentís, las ruidosas carcajadas y groseras burlas con que acogieron aquel nombre, hicieron comprender á la Gitana que el terreno estaba todavía mal preparado, y que la menor tibieza de su parte bastaba para derribar el idolo.

—D. Félix de Salazar, repitió la Gitana un poco picada, una de las almas mas nobles y generosas.

—Sí, sí, señora, respondió con sarcasmo una jovencita blanca y rubia como una irlandesa; muy generoso, sobre todo para con sus amas de gobierno.

—Y para con los pobres, replicó la Gitana con mas energía.

—Sí... señora... con los pobres hembras.

—Y con los incurables, y con las arrepentidas.... y con los espósitos.... y qué sé yo?

La Gitana hablaba cada vez con mas fuerza, con mas entusiasmo, y al parecer con demasiada verdad para no ser creída.

A mas de las cuantiosas limosnas que don Félix hacia repartir á los ancianos y vergonzantes, el Hospicio acababa de recibir mas de tres docenas de sábanas.

Tan repetidas pruebas de virtud hubieron de borrar al fin la impresion desfavorable que su nombre hiciera en las modistas, y ligeras en sus juicios, como lo somos todos en la juventud, pensaron ya sin espanto ni burla en aquel calavera, que tenia escandalizada á toda Salamanca.

Después que hubo conseguido su objeto la Gitana, volvió á sus conversaciones habituales, y no se habló mas de D. Félix en el resto del día.

A la mañana siguiente presentóse de nuevo en el taller, elegante y perfumado, disfrazando su edad á las mil maravillas, y distribuyendo á las costureras plácidas sonrisas y lindos ramilletes de flores de otoño.

Su animada conversacion con la Gitana, la franqueza con que se estableció en una de las sillas de tijera, y sobre todo el descaro con que lo examinaba todo, desde los figurines hasta las muchachas, hicieron creer á éstas que Salazar era algun antiguo amigo de su señora, opinion que se confirmó entre ellas cuando la Gitana les ordenó que aceptasen francamente los elegantes ramilletes del solteron.

Aunque en aquel día no hubiese hecho don Félix grandes distinciones entre las modistas, susceptibles éstas como jóvenes solteras, notaron con pesar que el caballero fijaba con frecuencia los ojos en el rostro triste y casi dolorido del *Anima sola*, que al parecer ignoraba completamente su preferencia sobre las demas. Poco á poco las distinciones se fueron haciendo mas marcadas; las visitas del solteron al taller mas frecuentes, y los celos de las muchachas inevitables, porque los obsequios de Don Félix eran nobles y respetuosos como los del amante mas verdadero.

A pesar de su indiferencia para con todo lo que la rodeaba, Azucena hubo de comprender que era ella el principal objeto de aquellas atenciones, y se refugió en el pensamiento de Antonio como en un santuario, manifestando á Salazar la indiferencia mas completa.

(Se continuará.)

IMPRESIONES DE MI ALMA

EN

LAS TARDES DE PRIMAVERA,

dedicadas á mi querido amigo

Don José Nuevo Cirujano.

¡Salve, alma primavera!... Estacion generadora de cuanto existe, salve! A tí, que con tus pálidas noches, rubicundas auroras, sol templado y brillante, blando rocío y perfumado aliento matizas las praderas, bordas los valles y esmaltas las colinas de aromáticas y delicadas flores, y con tu manto de verdura vistes los desnudos árboles; á tí, que con tu mágica influencia das voz á las aves, murmurio á la fuente, acentos al bosque, suspiros al aura y gemidos al céfiro; mi alma, llena de emoción y entusiasmo, te saluda respetuosa!

Tú, deliciosa alborada, que disipas las densas sombras de la tenebrosa y larga noche del aterido invierno, tienes el misterioso poder de alentar un pecho que laceró el dolor, de vivificar un alma que el huracán del infortunio dejó marchita, y de refrescar un corazón que la fiebre de la desgracia convirtió casi en ceniza.

Oh, primavera! Cuando al declinar tus encantadas tardes, ya reclinada en un ribazo de solitario camino, ya en la cruz de mármol, signo de nuestra redención y de la proximidad de un pueblo cristiano, contemplo tus horizontes de nácar y topacio, el límpido azul de tu despejado cielo, y los últimos reflejos que el astro del día, antes de acostarse en su lecho de záfir y rosa y cerrar sus encendidas colgaduras, lanza á la inmensa y aterciopelada alfombra con que cubres el suelo, no sé qué es de mí, ni qué siente mi alma, tan combatida por los pesares.

En esos instantes de místico arrobamien-

to, de éxtasis venturoso, el mundo de los pueblos y ciudades no existe para mí; y sola con la naturaleza, me identifico con ella, y pareceme que adivino y tomo parte en cuanto se efectúa en su seno misterioso.

Yo, la mujer de los dolores, la predeterminada para el sufrimiento, la soledad y la amargura; la que ha visto pasar ante sus ojos, cual figuras de óptica, todos sus caros objetos para no volver mas; marchitarse en flor todas sus esperanzas; desvanecerse cual vapor leve sus ilusiones, me olvido de mi existencia para vivir con la vida de los seres que me rodean, gozar de sus placeres, participar de sus esperanzas, y sentir sus ansiedades y emociones.

Cuando llega á mi oído ese vago é imperceptible rumor que se eleva del inmenso y perfumado tapiz que á mis piés se estienda, y creo adivinar en él, ya el afán del insecto que labra su morada bajo la verde llanura, que elabora sus telas de mata á mata, que arranca del niveo seno de las flores el néctar que le sustenta, ó que vuela agitando el prado tras el último rayo del sol poniente; ya los esfuerzos de las plantas por desarrollarse y engrandecerse; ya el anhelo de misteriosa violeta por desabrochar su capullo y acoger en su virgíneo cáliz los arrullos de las auras, los suspiros de las brisas y los amantes besos del céfiro halagador, mi corazón palpita de placer y entusiasmo, pues presume que también tiene parte en aquel rumor, que él también se agita como el insecto, se esfuerza como las plantas, y anhela algo que le haga feliz como la misteriosa violeta.

Si, mi corazón palpita enagenado, porque olvidando sus miserias, se identifica con el ser que disfruta de una paz y bienestar indefinibles al contemplarse en armonía con todo cuanto existe; al ver que, como la planta, pugna por desarrollarse y engrandecerse; que como las flores, procura adquirir nuevas galas; que como el insecto, ela-

bora sus ideas y pensamientos, y se procura el necesario alimento que dé fuerza y vigor á sus ilusiones, sin las cuales no puede ser feliz.

Si mi pensamiento se aparta del insecto, de las plantas y las flores para lanzarse en la region del viento, otra inmensidad de goces, mayor mil veces que el espacio en que aquel vuela, ocupa y conmueve de nuevo mi latiente pecho. Cuando en sus veligeras alas trae hasta mí los acordados trinos, las melodiosas cadencias y las débiles consonancias del bardo de las selvas, mi alma, trémula de emocion, se anega en un piélago de inefables sensaciones; mi mente se arrebata, y quisiera, no una lira para unir mi voz á la del tierno cantor de las florestas, sino un acento capaz de espresar todo cuanto concibe, cuanto siente, y que la lira no podría, ni aun pálidamente, bosquejar.

El trovador melancólico, el apasionado de las flores, el amante siempre quejoso, puede, entre las verdes ramas, columpiado por las brisas, halagado por las auras y desvanecido por los aromas, espresar en sentidos gorjeos sus penas y sus celos, mientras que yo, hija infortunada, desolada esposa y madre sin ventura, no acierto á elevar un canto que llene el viento de mis dolores, que espresé mi amargo padecer y la ternura y vehemencia de mis afectos. ¡Oh, ave dichosa! no gimas con tan sentido acento; porque cuando cesas en tus tristes cuanto armoniosas querellas, mi alma, que has llenado de placer, llora al verte disfrutar á todas horas de un consuelo, que á mí, infelice mujer, no me es dado gozar un solo instante.

Si llena aun mi alma de las blandas sensaciones que en ella imprimieron los trinos de las aves, percibe el triste murmullo del cristalino arroyo, que oculto entre las juncias y tréboles, corre sesgando el prado hasta perderse en el lago; si á sus apagados ecos se unen los lánguidos suspiros de las brisas que mecen, confundiendo sus diversos

matices, las delicadas flores del valle, y armonizan con ellas los gemidos del céfiro que agita las verdes ramas del desmayado sauce, un vago sentimiento de dulce melancolía y un extraordinario enternecimiento reemplazan en mi pecho al anterior entusiasmo. Mi memoria, tan fiel á sus recuerdos, como mi corazón constante y tierno en sus afectos, presenta ante mis ojos en esos gratos instantes á los que fueron y ya no existen, y á los que lejos de mí me aman con la ternura que yo les consagro. Ay! en esa fantasmagoría de mi exaltada mente, siento tan inmensos dolores como inefables delicias; pues las silenciosas lágrimas que se deslizan de mis ardientes pupilas, al ver que las caras prendas de mi intenso amor solo existen en mi alma, incapaz de darlas al olvido, detienen su curso para dejar formar á mis labios una dulce sonrisa, inspirada por la creencia de que los ecos del aura que vuela en torno de mi abatida frente, me repiten las afectuosas palabras que desde apartados lugares me dirigen los que se interesan por mi dicha. ¡Dulces y caros objetos, los que lejos de mí habitais! Sabed, que si es inmensa la distancia que nos separa é impide el que se enlacen nuestras manos y se estrechen nuestros palpitantes senos, no puede privar á mi pensamiento de fijarse continuamente en vosotros, á mi corazón de amaros con vehemencia, á mi pecho de consagraros toda su ternura, y á mi alma de enviaros, al declinar las deliciosas tardes de primavera, sus cariñosas espresiones por medio de sus frescas y perfumadas brisas, mensajeras de vuestros afectos á mí.

Oh, primavera! Si mi elemento es el dolor, la soledad mi compañera, la hiel de la amargura el néctar que llena la copa destinada á refrigerar mis encendidos y secos labios; tú, con tu mágica influencia, tienes el misterioso poder de convertir en gozo todas mis desventuras.

Cuando en ese estado de inefable alegría y amarguísimo abatimiento, de agradables

recuerdos y dolorosas memorias, me anuncia el crepúsculo, cada vez mas ténué, la proximidad de la noche, y el lejano y melancólico tañido de la campana me indica el momento de la oracion, mi alma, religiosa por conviccion y por naturaleza, se recoge en si misma, y no hallando voces para expresar su agradecimiento al Sér inmortal que la dotó de tantas facultades, y la hizo señora de todo cuanto existe, para gozarse en ello, le alaba con un himno, pobre de acentos, pero riquísimo de sentimientos y gratitud, temerosa de profanar el sublime silencio en que todo queda al elevarse la voz del ángel que saluda á la Madre de su Criador.

Oh, sublime hora! si el mas rebelde impio te contemplase en una apacible tarde de mayo y en la soledad de un delicioso y florido valle, no podria menos de sobrecogerse al sentir en su pecho algo de grande y misterioso, de melancólico y tierno; y al ver que de su endurecido corazon ascendia una lágrima á sus ojos, que rodaba despues hasta su palpitante seno, conmovido por emociones que jamás sintió, y que sus labios, que solo se abrieron para mofarse de la fé del piadoso, formulaban la mas sentida oracion.

¡Salve, hora de meditacion y de reposo, salve! Mi corazon te espera siempre con ansiedad, y te recibe con entusiasmo en la estacion de los céfiros y de las flores, porque tus encantos y misterios engrandecen y elevan mi espíritu, é inundan mi pecho de celestiales delicias.

Oh, primavera! Si tú fueras la estacion que siempre reinára, mis dolores dejarian de serlo; pues cuando mi aliento aspira el tuyo, cuando mi pecho se embriaga de tus aromas y mis oidos se extasian con la música de tus alados cantores, no puedo ser desgraciada. Por eso mi alma llena de emocion y respeto, te dice sin cesar: ¡Salve, deliciosa primavera! ¡Estacion generadora de todo cuanto existe, salve!

VICENTA GARCÍA MIRANDA.

TEATROS.

Libres de la peligrosa concurrencia del de *Variedades* los demas teatros, han podido contar con el público que le favorecia, y que aplaudió, mas acaso de lo justo, el bien arreglado drama *La Aventurera*, en cuya eleccion no estuvo feliz la entendida autora de *Alfonso Munio*. Esta señora debió tener presente, que ni entre nosotros se dá un comercio tan repugnante como el de los supuestos hermanos, ni está nuestra sociedad tan corrompida como la vecina, que necesite ponerla el vicio tan á la vista. Otra ejecucion no habria dado acaso tanto concepto á este trabajo, que quisiéramos fuese el último de su clase.

Despues de la comedia del hijo del malogrado Larra, cuyo éxito no pasó de regular, dió el *Príncipe* otra importacion de la señora Avellaneda, tambien en prosa excelente, y tan parecida en su fondo á la anterior, y con tantos puntos de contacto, que se puede decir, por la correlacion entre ambas obras, que forman una, dividida en dos partes. Solo que la parte titulada *Hortensia*, nada tiene de repugnante ni de inconveniente. Igualmente laudable el fin de ambos dramas de F. Soulié, han ganado ambos con la correccion de nuestra poetisa, satisfecha de su éxito.

Un loeo hace ciento, del señor Ariza, comedia en verso, ha dado buenas entradas al mismo coliseo, por más que no sea nuevo el argumento, desenvuelto con la facilidad que le es propia á este escritor conocido. Tampoco es original el pensamiento de la comedia en verso *Luchas de amor y de deber*, produccion de un jóven escritor, y sin embargo ha gustado por bien desenvuelto, por el interés de algunas escenas y situaciones, y por su fácil versificacion.

Mayores ha proporcionado al de la Cruz el melodrama *Pablo y Virginia*, desempeñado, como no era de esperar, por las niñas Llopis y Tirado, cuya edad es tan inferior á

las pasiones y afectos que representan; y si no estuviese tan avanzada la estación, *Simon el Veterano*, drama arreglado á nuestra escena por D. Ramon de Valladares y Saavedra, se sostendría mas tiempo. Su bien sostenido interés, y su buena ejecución en lo general, algo recargada por el señor Farro, le han conquistado justos aplausos.

El Sr. Albarrán y la *Nena* reanimaron el *Instituto*, el primero con sus obras, y la buena ejecución de todas en las que ha tomado parte, y la segunda con su conocida habilidad coreográfica. *Ser feliz por tener celos*, es una comedia sin pretensiones, que ha divertido por su ligera y fácil versificación, por sus chistes y accidentes cómicos. Y no solo es autor y actor el Sr. Albarrán; toca la guitarra y la pandereta, ésta como pocos, y canta, y macarenea muy decentemente. Es, pues, todo lo que necesita un teatro.

Después de *D. Simplicio de Bovadilla*, buena zarzuela para las tardes de Pascuas, y del *Alcalde del Tronchon*, que no alcanzará muchas Navidades, *El Grumete*, en un acto, se ha puesto al lado de *Jugar con fuego*, y demás buenas zarzuelas del *Circo*. Ni podía ser otra cosa tratándose del autor del *Dominó azul* y del *Trovador*; la barquerola, con que acaba esta linda zarzuela, es tan preciosa, como bien cantada por Salas. Puede, pues, decirse que ya tenemos ópera nacional.

MODAS.

Con los 50 grados que señala el termómetro de Reaumur, la sociedad elegante ha decidido que era de mal tono el permanecer en Madrid, y que era ya llegado el tiempo de emigrar, como las aves, en busca de climas mas frescos. Así es, que cada día que pasa se nota mas en los paseos y concurrencias la falta de las notabilidades de la Moda, que nos abandonan por los baños de Santa Agueda, por los jardines de la Granja, ó á falta de otras proporciones, por las campiñas de Carabanchel ó Miraflores, á donde llevando

sus hábitos de elegancia y buen tono, no quitan los goces campestres á la galantería cortesana.

La vida del campo para esta clase de nuestra sociedad se diferencia muy poco de la que se lleva en Madrid. Nuestras lindas jóvenes creen trasformarse perfectamente en aldeanas con sus vestidos de organdi, bordados ó estampados, y sus cauesús de muselina con lazos de cinta azul ó rosa, y tienen mil veces razón de no tomar de la naturaleza sino lo poético y risueño.

Hablemos, pues, de trajes de campo, desde el de amazona hasta el de baile, y desde el peinador de levantarse, hasta el lujoso vestido que ha de ostentarse en la magnífica carretela.

El traje de amazona es esencialmente fantástico y caprichoso. Sério y severo unas veces, lo es otras gracioso y elegante, como las creaciones de Alfredo de Dreux, con un corpiño ajustado de terciopelo negro, falda azul, ancha y flotante, y sombrero de fieltro gris, levantada el ala con una pluma de avestruz, ligera y vaporosa, como el flexible talle de una odalisca. El traje sério de amazona es comunmente de merino ó popelina negra, verde ó azul oscuro. El cuerpo es alto y cerrado, la pegadura de la falda de plegado grueso y liso, para que siente bien la aldetilla ancha; la manga con vuelta, y abierta por un lado, y del mismo corte la interior de batista. El cuello á lo mosquetero, correspondiente á las mangas, y sujeto con dos botoncitos de oro ó esmaltados. El pantalón de chaconá sostiene con su trabilla la botita de fino tafilete. El sombrero de felpa de seda, adornado de cinta de moiré, y su velo de gasa.

Como el tema que nos habíamos propuesto es largo, dejaremos para otro día el continuar la escala de los diversos tonos de la Moda en la deliciosa estación de los baños, los viajes y las giras campestres.

Aurora.